

Arte

HAY quien, con treinta y dos años, prefiere derrochar sus inquietudes en una sucesión de constantes rupturas. Creyéndose partícipe de lo contemporáneo, se lusiona con formar parte de la vanguardia, dudosa o no. Pero también hay quien, con treinta y dos años, opta por recrear, por perderse a voluntad propia en lo establecido. Entre los primeros, se encuentra la ma-

yoría de los jóvenes pintores; entre los segundos, una minoría que roza lo excepcional. Treinta y dos años, realista convencido y muy pocas posibilidades de que sucumba a los caprichos de las nuevas tendencias, a las veleidades de lo abstracto aunque por ellas haya pasado muy fugazmente, Luis Javier Gayá podría considerarse como uno de esos ejemplos minoritarios entre sus compañeros de generación. Cuenta que él y uno más del centenar de alumnos que se licenciaron en el año 88

en la Facultad de Bellas Artes eligieron este lenguaje como vía de expresión.

Leer con exactitud -y no entre líneas- la realidad requiere a partes iguales luz, color y forma, en sus más clásicas interpretaciones. Luis Javier Gayá estima que, mientras no se bloqueen estas vías, por dominio absoluto o por aburrimiento, nunca sentirá el deseo de comunicarse a través de otros lenguajes, aunque éstos sean tildados de mayor contemporaneidad y prestigio. El dibujo,

la forma, esconde pocos secretos para sus pinceles. El control de lo minucioso puede exasperarle y exigir acto seguido un respiro, hasta un toque de humor. En su estudio madrileño, guarda un dibujo a lápiz en el que un marmágnun de pequeños objetos da fe de que está capacitado para retratar el detalle. Sus cuadros también lo testifican, en ellos incluye elementos que por sí solos, aislados del entorno, bien pudieran considerarse piezas de un hiperrealismo muy de moda -maletas, radios, bicicletas, motos, botellas, una foto vieja, latas, marcos-. Sin embargo, se constituyen en un adorno más, por lo general, con una marcada trascendencia o simbología para la obra, algunos hasta llegan a entrañar el título de la misma.

El espejo de lo real

Los matices de la luz y del color cambian a cada segundo. Atraparlos en el lienzo resulta tarea difícil, sino imposible. Por ello, Luis Javier Gayá sabe que, envuelto en los misterios de la luz y del color, el tiempo, la evolución y el aprendizaje se hacen eternos. De ahí, lo insospechado de imaginarnos a este pintor en el más allá de la pintura: en la disolución absoluta de lo abstracto o en la disolución parcial de unas formas, de una luz y de un color sugeridos. Con sus cuadros, sus maneras de artista y las explicaciones personales, defiende que aquél que no domina la realidad en toda su pureza y la prosaica técnica que la traduce nunca debe cruzar el espejo de lo real; en caso contrario, puede que tras su obra se esconda una mentira. Esta interpretación de la pintura no difiere mucho de la que siguen otros nombres ya consagrados del realismo -Cristóbal Toral, por ejemplo-, pero Luis Javier Gayá no se parece en nada a ellos: todo su universo pictórico está inundado de un aire del pasado, de cierta añoranza que, sin duda, emana de su personalidad, del velo con que contempla los paisajes que tanto gusta y ante los que pasa largas horas trabajando.

Media geografía española ha sido retratada en sus obras; lo mismo da el norte que el sur, el este que el oeste, pues cuanto más dispares resulten los rincones mayores son las sugerencias que se abren para la pintura por él imaginada (luz y color). Una tabla, casi nunca el lienzo -a través de él no se plasman tantos matices, apunta-, y una base de tonalidades configuran el soporte para que sus densas pinceladas rocen la ambición sagrada de este artista (luz y color).

Laura REVUELTA



Luis Javier Gayá ha participado, entre otros muchos cursos, en el que impartiera Antonio López, «Talleres de Arte Actual», en el Círculo de Bellas Artes de Madrid en el año 1984; a su vez, también ha recibido numerosos premios de dibujo y pintura. Sobre estas líneas, «Membrillos I». A la derecha, «Casa grande de Vitoria». En la página siguiente, «Añoranzas de Oreja». Los cuadros de este joven artista reúnen un sinnúmero de detalles que, sin alcanzar lo minucioso del hiperrealismo, descubren un universo tejido de una sensibilidad nostálgica

